

A través del espejo

Súbito elogio del aburrimiento

Hugo Hiriart

Nuestra vida diaria se caracteriza por el quehacer, por nuestros pequeños fines inmediatos (voy a comer, bañarme, recoger esto, a la oficina, tengo que hablar con X, comprar Y, preguntarle algo a Z), llenamos nuestro día con urgencias inmediatas. Ordenamos a través de tensiones hacia el futuro, así ordenamos como oímos música: ¿y luego?, ¿y luego?, ¿qué sigue, qué sigue? Saturamos a veces, “no tengo tiempo de nada” o “esta ciudad es imposible”, nos quejamos.

En una ordenación como ésta no tenemos la menor oportunidad de volvernos hacia nosotros y captar el microcosmos que ahí delicadamente se manifiesta. Tampoco podemos reflexionar sobre nada que no sea quehacer inmediato. No es que ya no razonemos, razonamos, y mu-

cho, pero razonamientos prácticos, para la acción, no meditación lenta, de mayor calibre y gratuidad.

Volvemos sobre nosotros o reflexionar supondría dos cosas, ambas prohibidas: una, detenernos, y otra, ser capaces de permanecer ociosos. No son lo mismo. El enemigo de ambos es la ansiedad. Los quehaceres continuos enajenan, pero alivian la ansiedad. Dan sentido, frágil y en el fondo falso, a las cosas. El mundo detenido casi inmediatamente empieza a parecer absurdo. Hay que ponerse en movimiento, hay que actuar, hacer algo. Leer el periódico, ver la tele, hablar con alguien, lo que sea antes de permanecer ociosos. Nos da temor, mucho o poco, según, estar sin hacer nada.

Es un error toda la moralina contra la ociosidad, “madre de todos los vicios”. Ante todo porque la ociosidad ayuda como nada a rumiar las ideas, a meditar, a reflexionar, mira a ese paseante solitario que avanza entre los árboles del parque con las manos anudadas a la espalda y paso tardo, demorado, ¿crees que pudiera proceder así, con esa ilustrada impasibilidad, si no estuviera, al menos de momento, completamente ocioso?

Claro que en la ociosidad, además de la ansiedad, el aburrimiento acecha. Es cierto. Pero no hay que tenerle miedo al aburrimiento, tiene mala fama, pero es el camino de muchas cosas.

El aburrimiento paraliza el tiempo, también la meditación del Vedanta se propone es fin, detener la inquietud constante de la mente, vaciarla de su gratuito y azaroso contenido. Ciertamente, el aburrimiento pocas veces logra vaciar la mente de todo contenido (propósito inicial de la mística indostánica), pero es un camino para lo-

garlo, tanto que a ciertas formas extremas de aburrimiento poco les falta para llegar a ser desbordamiento místico.

Por otra parte, el tiempo paralizado y la falta de objetivos inmediatos en que propiamente consiste el aburrimiento forman el sustrato perfecto para el surgimiento de grandes arrebatos de creatividad, las ideas súbitas, las grandes iluminaciones que afloran de los pozos de la inconsciencia.

Esos hallazgos, esos momentos estelares de creatividad, no se suscitan jamás enfocando directamente al asunto, tratando de taladrar el problema con razonamientos, al contrario, aparecen cuando menos lo esperamos, cuando la mente ociosa abre una brecha en sus tareas y permite la salida de la iluminación desde el magma incandescente de la inconsciencia.

Ya Shakespeare, como casi siempre, lo había dicho:

But thought's the slave of life, and life's
[time's fool,
And time that takes survey of all the
[world
Must have a stop.

Pero el pensamiento es esclavo de la
[vida, y la vida del tiempo, bufón,
Y el tiempo, que lleva el paso a todo el
[mundo,
Debe detenerse.

Un buen propósito sería tener menos quehaceres y mayor ociosidad, porque la ociosidad, siempre y cuando nos dejemos ir con ella sin resistirla, es el camino de muchas cosas, entre otras, dice la meditación indostánica, para llegar a la verdadera realidad que yace detrás de las apariencias que nos tienen embrujados. **U**



Miguel Ramírez, Soledad paseando